

Silvia Elizalde

KAIRÓS, Revista de Temas Sociales
Universidad Nacional de San Luis
Año 8 – N° 14 (Octubre /2004)
<http://www.revistakairos.org>

“¿Qué vas a hacer con lo que nos preguntes?”

**Desafíos teóricos y políticos del trabajo etnográfico con jóvenes
institucionalizados/as**

Silvia Elizalde¹

En su último libro *Amor y Anarquía* Martín Caparrós (2003) cuenta la historia novelada de Soledad Rosas, una chica argentina de 23 años que viaja por placer a Italia y termina militando en el movimiento *okupa* turinés, cae presa acusada de “ecoterrorista” y decide ahorcarse del mismo modo que lo había hecho su novio dos meses antes, también encerrado por la “peligrosidad” de su anarquismo. A pocas páginas de iniciada la novela, el autor instala una reflexión que incomoda. Dice:

“Me preguntaba cómo se arma una vida. ¿Con qué pequeños datos y grandes decisiones se va trazando ese retrato que, alguna vez, será lo quede de esos años? ¿Piensan los hombres, las mujeres, en el dibujo de sus propias biografías cuando toman ciertas decisiones, determinadas vidas? ¿O sus vidas más que nada suceden, se transforman en su historia cuando ya son historia, cuando no hay mucho que se pueda cambiar salvo el relato? Me preguntaba: ¿Quién arma cada vida? Me pregunto sin saber la respuesta, sin saber si la respuesta me sirve de algo: sin respuestas” (2003:40-41).

La cita deja abierta una incerteza que me interesa retomar aquí: aquella que supone confrontar la integralidad de un sujeto con su conversión en “informante” para la construcción de un relato. Me preocupa, además, sumar la inquietud que despierta el propio lugar de analista, devenido “entrevistador”, en relación con *aquello* que le da ese estatuto. La revisión de ambos procesos no es una tarea fácil, pero me propongo intentarla a partir de desandar el propio camino etnográfico con jóvenes de sectores populares urbanos de Buenos Aires para dar cuenta de los modos en que las diferencias de género, clase y edad son enunciadas, representadas y negociadas en el *campo de lucha* de la entrevista y el registro antropológico.

Silvia Elizalde

Fundamentalmente me interesa explorar algunas situaciones de trabajo en terreno para indicar las implicancias de la práctica etnográfica en el estudio productivo de las identidades juveniles.

Voces y puntos de partida

Las chicas cuyos relatos presentamos en este trabajo son jóvenes pobres que han sido atravesadas por la intervención estatal, de manera más o menos explícita, ya sea a través de su institucionalización en hogares o centros de atención transitoria, o como objeto (olvidado) de políticas públicas. Acceder a sus testimonios fue un tanto complicado, debido a las infinitas trabas institucionales que existen para poder entrevistar a los/as chicas/as convertidos/as en “menores tutelados”. Pero más complejo aún fue obtener un relato *no institucionalizado* de sus vidas. Porque si hay algo que no sólo las chicas sino todos/as los/as jóvenes que han sido señalados por el Estado con la marca del “riesgo” o la “peligrosidad social” saben, es hablar para el registro oficial que moldean sus destinos.

“Claro que me gustaría estudiar, terminar el secundario, porque así puedo rescatarme, dejar de robar, de empastillarme, de hacer cualquiera”. La respuesta de Andrea, una chica de 15 años que abandonó la escuela a los 11 porque se cansó de quedarse “dormida en el aula y no entender nada” después de deambular noches enteras por Retiro, Constitución y Plaza Italia abriendo puertas de autos, es la típica respuesta que, sabe, “debe” dar a la asistente social de turno para lograr que el informe socio-ambiental sobre su persona incluya definiciones del tipo “se advierte voluntad de cambio” o “manifiesta valoración hacia el estudio” y, con suerte, obtener el traslado a otro Hogar, donde quedó su novio o su mejor amiga.

Romper con esa lógica, que ubica al que pregunta en el lugar de quien evalúa la condición “riesgosa” o “vulnerable” del que habla para luego interpretar esa vida en clave intervencionista y decidir sobre su futuro, me exigió ensayar otras *estrategias de conversación* que permitieran ubicarme en un lugar de escucha no anticipatorio de la palabra del otro. Precisamente porque esa palabra no es “algo” a pueda ponerse al descubierto a través de la interrogación, ni una “esencia interior” del sujeto que pueda materializarse mediante la pregunta que procura conjurarla.

La apuesta era, entonces, la de habilitar un diálogo cuya performatividad, en todo caso, no coincidiera con los límites de la normatividad hegemónica sobre la “juventud problemática” (en sus versiones prescriptivas de victimización, heroización o demonización del sujeto que narra su historia) sino que diera cuenta de un cierto grado de indeterminación contingente de las preguntas y las respuestas, en un contexto no exento de poder. Desde este punto de vista, la *vacilación* pasó a ser la condición de posibilidad de un encuentro no previsible entre diferentes -y entre diferencias encarnadas en cuerpos sexuados y *engenerados*-, lo cual no hace desaparecer al poder como operación participante del intercambio. Lejos de esto, lo ubica en un primer plano, a la vez condicionante de y condicionado por los distintos posicionamientos en juego.

Silvia Elizalde

Vuelvo a preguntarle a Andrea:

-Cuando dejaste de ir a la escuela ¿las maestras hicieron algo, te fueron a buscar o hablaron con tus padres?

-No, ni ahí. Después yo volvía sola a la escuela, pero, corte que (*sic*), para saludar a mis amigos, pero nadie me preguntó nada, por qué había dejado de ir.

-¿Creés que te perdías muchas cosas no yendo a la escuela?

-A mis amigos. Pero después mucho no te sirve. Te sirve cuando terminás, que tenés, así, un título y podés buscar trabajo, pero nada más. En la calle tenés más libertad. Estás re solo, pero hacés lo que querés y, de última, están los otros pibes de la calle, que te protegen si no te sentís bien, y eso.

La valoración sobre la educación formal claramente difiere en uno y otro pasaje de la conversación. Pero no es el único espacio de tensión entre “respuestas” y “lugares de respuesta” en el relato. Vivir en una institución basada en la concepción pedagógica de la “recuperación” de la juventud “problemática” es ser sujeto y objeto de una *narración incesante*. El imperativo de contar varias veces y a múltiples personas la historia de miseria, abuso y maltrato que delimita los contornos de la definición de estas chicas como “conflictivas” tiene por reverso la experiencia recurrente de *ser habladas por otros*. El relato sobre la propia vida es, así, terreno permanente de lucha por la proximidad o lejanía que estas jóvenes pueden construir estratégicamente respecto de la etiqueta que, a priori, las piensa como “problema social”. En un punto, a estas chicas no les cuesta hablar, relatar -una vez más- los actos de violencia vividos en su familia, contar sus peripecias en la calle, con las drogas o con armas de fuego. Escamotean, sin embargo, la *politicidad* que trama íntimamente esos relatos y que, en cada situación de intercambio discursivo, trabaja por su efectividad retórica.

Para Andrea, la entrevista etnográfica que procuro mantener con ella actualiza, en principio, una escena conocida de interrogación. A medida que el diálogo avanza, advierto que reconoce un espacio habilitador para contar con menos tapujos algunas cosas y comienza a deslizar anécdotas sobre su relación con el delito. Va midiendo mi reacción con sus palabras, las acomoda -casi imperceptiblemente- a mi mirada, a los movimientos de mi cuerpo, a mis silencios o preguntas. Estamos las dos sentadas en su cama, una frente a la otra, en la gran habitación que comparte con otras chicas, en el Hogar Transitorio. Y cuenta:

“Una vez le robé con otra piba a una señora grande. Como mil pesos, en billetes de veinte, que tenía la viejita arriba de la mesa. Habíamos subido a su casa para ayudarla con unas bolsas del súper, porque dijo que así nos iba a dar una moneda. La vieja ni se dio cuenta que le robamos, incluso nos estaba mostrando unos vestidos que tenía en el placard. La verdad es que un poco de lástima me dio... Otra vez agarramos a una pareja que salía del cine y le afanamos plata: dos los agarraron de atrás, dos de los costados y con otro pibe los

Silvia Elizalde

encaramos de frente. Se re asustaron los chabones, porque les dijimos que teníamos un fierro. Era un revolver, así, de metal y todo. Lo habíamos comprado en Retiro, \$ 52 nos salió, pero en la punta era como un encendedor. ¡Después jugábamos a prendernos el cigarro con la llama grande que salía de la punta!”.

La invención del propio lugar

Cuando llegué al Hogar Andamio², donde se alojan transitoriamente chicos y chicas que después serán derivados/as a otros centros u hogares, las 4 mujeres y los 4 varones que estaban en ese momento viviendo allí mi miraron con una mezcla de hastío y renovada esperanza.

-¿Sos asistente social?

-¿Vas a ser *conviviente*³ en el Hogar?

-¿Le vas a decir al juez que me estoy portando bien?

Negar todas esas posiciones de autoridad -más o menos resistidas, más o menos aceptadas por aquellos/as jóvenes- me obligó a explicarme en voz alta. Los/as chicos/as estaban reunidos/as en el comedor, porque era la hora del almuerzo. Les dije: “Desde hace un par de años me interesa conocer cómo piensan los chicos y chicas argentinos/as, qué cosas les preocupa, les gusta, cómo se piensan como jóvenes, cómo viven la relación con sus familias, con la escuela, el trabajo. Por eso les propongo a los/as que quieran, charlar sobre estas cosas. Sobre todo me interesa saber qué piensan las chicas”.

Uno de los jóvenes, riéndose, me señaló con el dedo y gritó, con el festejo de los/as demás: “¡Uy, una feminista!”

Expliqué que no, que no soy estrictamente feminista, aunque la respuesta que di no me satisfizo por completo. Debería haber aclarado, primero, que lo que entiendo por feminismo tal vez no coincida con el sentido y la intencionalidad que, intuía, ellos/as estaban indicando con esa palabra. Luego debería haber explicado que me inclino más por las lecturas transversales, que leen la diferencia de género en intersección indisociable con otros ejes de relaciones de poder, que constituyen (conflictivamente) la “identidad”; que pongo en duda la propia oposición binaria y estable entre varón y mujer que cierto feminismo aún retiene como parte de una lucha de “prioridades de atención” sobre la base de una supuesta opresión común y universal de las mujeres. Y que -sólo para ser breve- comparto la opinión de que, en todo caso, la tarea actual del feminismo pasa por radicalizar aún más su revisión del concepto de “mujer/es” para evitar no sólo su estabilización en ficciones fundacionales sino la naturalización misma de la matriz discursiva que organiza sus políticas de identidad, representación y reconocimiento.

Incapaz de señalar con claridad en aquel contexto todas estas reservas ideológicas, me limité a decir que me interesaba conocer la historia de todos y todas y saber qué significaba para una chica y para un chico ser joven, hoy. Andrea, a la que todavía no había entrevistado,

Silvia Elizalde

me indicó: “Yo no entendí nada lo que dijiste. No entiendo qué vas a hacer con lo que nos preguntes”.

Por primera vez de modo tan palpable advertí que aquel principio de compromiso político con los sujetos y las prácticas de una investigación, tan profusamente señalado por los teóricos de la Escuela de Birmingham en los 60' y consistente en explicitar el propio lugar como parte de las condiciones que construyen el objeto de estudio, estaba lejos de ser satisfecho con la enunciación discursiva de mi propósito⁴. Para esos chicos y chicas, si yo no era asistente social, “conviviente” o autoridad técnica o jurídica, mi presencia en el lugar no quedaba justificada con aquella explicación y, tal vez, con ninguna otra. Básicamente porque nadie viene a preguntarles nada sin que eso no genere *consecuencias* más o menos coercitivas sobre sus vidas: traslados, pedidos de informes, devoluciones a sus hogares, sanciones, envíos a hospitales o centros de rehabilitación, egresos, etc.

¿Cómo explicar, entonces, mi lugar allí, en el múltiple cruce de investigadora, mujer, de clase media y con menos de una generación de distancia respecto de quienes me interesaba conocer? Narrar *mis* diferencias se convirtió, entonces, en la autoexigencia para avanzar en la interrogación de las diferencias *otras*, entre las jóvenes de mi estudio. El desafío suponía, además, no caer en la trampa de creer que el mero anuncio previo de mi ubicación identitaria, la confesión de la innegable parcialidad que guiaba mi enunciación o el reconocimiento público de mi lugar de privilegio en tanto analista, resolverían por sí mismos la tensión que implica trabajar con y desde las desigualdades que atraviesan las distintas diferencias en juego (Rance y Salinas Mudler 2000).

La edad y la generación: un abismo de menos de quince años

Al momento de pensar el componente diacrítico que, en la gramática cotidiana de la juventud, habilita la distinción entre lo “joven” y lo “no joven”, la *edad* aparece claramente como eje divisor. Sin embargo, el amplio debate librado en el campo de estudios sobre el sector propone, desde hace tiempo, una definición de juventud que avanza más allá de los límites impuestos por los criterios biológicos o del ciclo vida para dar cuenta de las condiciones materiales y simbólicas que definen, en cada momento, a un sujeto como participando de una generación, y a sus prácticas como del orden de lo juvenil. Complejizando esa definición, en este trabajo retomo la noción materialista de identidad de los estudios culturales, por lo que la categoría *juventud* deja de pensarse como mera diferencia discursiva para comprenderse en tanto “especificación de la cultura como materialidad de la constitución de la hegemonía” (Delfino 1999:68).

En este sentido, interesa remarcar que este carácter relacional e histórico del concepto “juventud” sólo adquiere cabal sentido en la *experiencia concreta* de los sujetos, localizada en la distinción propuesta por E.P. Thompson (1961) para la noción de clase entre la *experiencia vivida* y la *experiencia percibida*. Esto es, entre lo “efectivamente vivido” y el grado (variable) de

Silvia Elizalde

inteligibilidad que esa práctica o experiencia alcanza para los sujetos en condiciones específicas.

Lo primero que escuché cuando ingresé al Hogar Transitorio Andamio fue la frase de Nicolás, que no dudó en preguntarme: “Doña ¿tiene una moneda?”. Casi enseguida se oyó el reto de una integrante del equipo técnico, que lo exhortaba a recordar el lugar dónde está (“un Hogar y no en la calle”) y los modos en que debía dirigirse a las visitas que llegaban a la institución. Inicialmente no advertí en el enunciado de Nicolás nada demasiado interesante para mi registro antropológico, aunque más tarde lo anoté como parte de las observaciones contextuales de mi llegada al lugar. Días después, volvió a mí con insistencia. “Doña” era un término que, en principio, me resultaba antipático: acusaba muy visiblemente que había sido percibida como “persona mayor”. El grado de reconocimiento que tengo de mi experiencia de vida me indica, en cambio, que puedo aún inscribirme válidamente en el terreno de lo joven, pese a que, a la vez, distingo con claridad las fronteras construidas en torno de la asunción de responsabilidades y la formulación de ciertas expectativas en tanto sujeto adulto.

¿Cómo define, sin embargo, Nicolás, que tiene 15 años, esa frontera? ¿En qué medida su apelación está indicando la producción cultural de un límite específico que relaciona a la edad con otras distinciones, como la clase y el género? ¿Es acaso posible separar el vocativo que emplea “doña”) del pedido que formula (básicamente, dinero)?. Estrategia discursiva más o menos contingente o habitus largamente acuñado, el uso situacional del lenguaje por parte de las y los jóvenes de sectores populares constituye una zona rica de exploración de las maneras en que se narran los lugares y se actualizan las diferencias. Es, al mismo tiempo, espacio de fricción entre el lenguaje “oficial” y la enunciación popular de estos/as chicos/as, toda vez que desde las instituciones por las que transitan se procura imponer y resignificar sentidos, y censurar otros.

Para los/as chicos/as que durante años estuvieron en la calle pidiendo, el estatuto joven que le otorga su corta edad es un atributo explotable al máximo; la demanda, su principal estrategia de vinculación con los de otras clases, y la utilización de convenciones indicativas de respeto (advertible, por ejemplo, en el empleo de la palabra “doña”), la posibilidad de aumentar las chances de recibir dinero. A esto se le suma toda una serie de habilidades cotidianas para leer diacríticamente a los/as otros/as (cómo están vestidos, cómo hablan, qué disposición a la ayuda presentan, etc.) y que les indica el campo de acción en los que pueden -o no- reclamar la restauración de un cierto equilibrio en una relación que reconocen como intrínsecamente desigual.

Por su parte, el *género* es una diferencia que, en vínculo con la edad, supone márgenes muy diferentes de sobrevivencia. Las chicas, sobre todo, tienen una conciencia en alto grado inmanente al respecto. Así se explicita en el comentario de Natalia, de 17 años: “Si ya dejás de ser una piba y estás en la calle, ya es más difícil pedir, porque no te da nadie nada. Por eso las mujeres, así, más grandes, se cuelgan los bebés encima o no les queda otra que

Silvia Elizalde

laburar de prostis (*sic*), en Retiro o en Constitución. A los pibes y pibas, en cambio, nos dan más bola. 'Que Dios te bendiga, hijita', te dicen, y te dan una moneda”.

En cruce, pues, con la diferencia de clase y la adscripción genérica, la edad está lejos de ser percibida por estos chicos y chicas institucionalizados/as como una plataforma previsible de conformación identitaria. Se trata, más bien, de una distinción que -al menos en la dimensión narrativa de la experiencia- se activa de modo estratégico en relación con intereses puntuales de clase y modos específicos de ser mujer y varón joven.

Género y sexualidad: feminidades a prueba

Según la conocida definición de la historiadora Joan Scott (1996 [1987]) el *género* debe entenderse como un sistema complejo de producción, simbolización e interpretación cultural de las diferencias sexuales, organizadas en dos universos que atraviesan la totalidad de prácticas y relaciones colectivas: el universo que nombra lo “masculino” y el que refiere a lo “femenino”.

Ambos órdenes articulan de modo diferencial los elementos distintivos entre los sexos y los traducen en múltiples desigualdades, construidas mediante una trama densa de significaciones que van, desde las representaciones sociales sobre el significado de “mujer” y “varón”, pasando por los discursos normativos (religioso, político, educativo, científico, legal, etc.) que indican cómo leer y producir identidades de género en cada contexto, hasta las instituciones abiertamente creadas a partir de la división sexual, como el mercado laboral, la familia y el sistema de parentesco.

Autoras como Judith Butler (2001 [1990]) han criticado con agudeza este tipo de definiciones, en la medida en que el argumento de base no pone nunca en cuestión la existencia de dos -y sólo dos- formas de organización de las prácticas sexuales, a las que se hacen coincidir con dos identidades igualmente excluyentes -aunque desigualmente operantes- como las de “varón” y “mujer”. Para Butler este modo de conceptualizar binariamente el vínculo entre “género” y “sexo”⁵ parte de pensar a la *heterosexualidad* como un a priori no problemático. Esta matriz discursiva/epistémica heterosexual opera -según la autora- como un modelo que “supone que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre; femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad” (2001:38 [1990]). Su propuesta consiste, por lo tanto, en desestabilizar la estructura heterosexual hegemónica al indicar cómo su naturalización en los discursos sociales (incluido el feminista) ha puesto a ciertas configuraciones culturales del género en el lugar de lo “real” y arrojado otras al terreno condenable de lo falso, lo anómalo, lo “irreal”. En definitiva, en lo humanamente ininteligible.

Sin delimitarse al *corset* de una explicación autosuficiente, Butler propone concebir al género como “una complejidad cuya totalidad se pospone permanentemente” y que, por lo

Silvia Elizalde

tanto “nunca aparece completa en una determinada coyuntura en el tiempo” (2000:49). En la medida, entonces, en que “no hay una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se constituye performativamente por las mismas ‘expresiones’ que, según se dice, son [su] resultado” (2001: 58 [1990]).

Ahora bien, pensar al género como práctica discursiva *que está sucediendo* y que, por esto mismo, está abierta a la intervención y a la resignificación constante es una provocación por demás sugerente. Pero ¿es posible mantener, en el contexto concreto de una investigación sobre jóvenes de sectores populares- este horizonte de apertura en el que el género es siempre un *hacer* y un *hacerse* simultáneo por parte del sujeto? En todo caso ¿cómo pensar una articulación posible entre este programa teórico y las operaciones etnográficas que organizan una exploración puntual sobre la producción de imágenes de joven en ciertos discursos hegemónicos, y su contrapunto en las prácticas cotidianas de chicos y chicas populares en contextos claves?

Teniendo en mente la experiencia de trabajo etnográfico con mujeres pobres, me pregunté -entonces- cómo podría conciliarse este tipo de propuestas deconstruccionistas del género con el lenguaje normalizado y el uso de nociones reificadas de las diferencias sexuales y de género que solemos encontrar en el discurso de nuestras propias entrevistadas. Ante esto, me formulo, a su vez, dos cuestionamientos.

El primero apunta a impugnar toda evaluación sustancializadora que se realice sobre las respuestas que obtenemos en nuestras indagaciones. Siguiendo los planteos del feminismo marxista inglés, la propuesta de análisis debería evitar hacer un recorte de los relatos en términos de la “singularidad” de la experiencia, para poder -en cambio- reinscribir el relevamiento de testimonios en el marco de las condiciones históricas que los producen (Barret 1982; Scott 1999; Rowbotham 1999). Desde este punto de vista, la “domesticidad” -por ejemplo- no puede ser pensada como superficie previsible de expresión y fetichización del género en la vida cotidiana -en tanto “reflejaría” la distribución de lugares sociales en el universo privado-, sino más bien como espacio que vincula definiciones, prácticas y experiencias de relación entre los géneros, con condiciones concretas de existencia (económicas, laborales, de vivienda, simbólicas, políticas, estéticas, etc.) en la que esa domesticidad es formulada, percibida y vivida histórica y contextualmente por parte de mujeres y varones (Radway 1984; Delfino 1999).

El segundo interrogante está estrechamente ligado al anterior porque supone atacar el otro frente posible del dilema. La tarea clave aquí sería cómo re trabajar la *entrevista* para evitar que se deslice hacia una eventual ratificación naturalizante de la hegemonía masculina y heterosexual por parte de las mujeres que responden. Considero que una vía posible pasaría por explorar críticamente el estatuto más o menos *imperialista* de la interrogación en las ciencias sociales y por revisar más finamente desde allí si las preguntas que formulamos no están ellas mismas producidas *dentro* de la gramática dominante del género.

Silvia Elizalde

Es sabido que el formato "clásico" de la entrevista antropológica ha sido criticado por cierta zona del feminismo y de los estudios de la subalternidad debido al carácter "colonizador" de su objetivo. Esto es, a la pretensión de incitar al otro/a a que produzca un texto sobre sí mismo a partir de ubicarlo/a en una posición enunciativa previamente establecida por el/la investigador/a con el fin de facilitar su posterior localización, clasificación y análisis (Spivak 1988; Rimstead 1997; Franco 1992; Bhabha 2002). En nuestro caso este lugar sería, por ejemplo, el de "mujer-joven-pobre", "madre-adolescente", "chica-en-conflicto-con-la-ley-penal", etc.

Con todo, la posibilidad que tiene el/la investigador/a de subvertir este sentido restrictivo de entrevista no puede alcanzarse si se mantiene la idea de que se trata de un medio legítimo y epistemológicamente vigilado para conocer *de modo directo* la voz de los/as otros/as, a partir de "garantizar" un lugar desmarcado, casi invisible, para el/la entrevistador/a. La apuesta debería pasar, en cambio, por concebir este espacio como terreno posible de deconstrucción de sentidos, posiciones y consecuencias del discurso, para lo cual deberían tomarse al menos dos decisiones ideológicas de peso.

La primera -siguiendo a Gayatri Spivak (1988)- consistiría en la renuncia radical del/la investigador/a respecto de las ubicaciones previsibles -sean éstas obstaculizadoras o facilitadoras- que le son adjudicadas culturalmente por su condición de "experto/a" y en virtud del desarrollo de su tarea exploratoria. En clave personal, esto significa rechazar toda previsibilidad asociada a mi propio lugar en tanto "mujer-heterosexual-intelectual-que-indaga-sobre-otras-mujeres-jóvenes-y-pobres", y aprender a dirigirme a las chicas que entrevisto en condiciones nunca totalmente controlables, renunciando así al objetivo de escucharlas desde una supuesta ubicación autotransparente, a partir de la cual podrían reconocerse *directamente* en su alteridad o, peor aún, pretender hablar *por* ellas. Se trata de reconocer, como señaló lúcidamente Stuart Hall, que "hablar de renunciar al poder es una experiencia radicalmente diferente de la de ser silenciado" (2000:20 [1992]).

En esta primera operación, la participación del/la investigador/a no pasaría, entonces, por un rol celador, garante o habilitador de la palabra de los/as otros/as sino por la revisión misma de las *condiciones y los materiales de la argumentación*, de los que ese/a intelectual forma parte. Su tarea consistiría, pues, en el reconocimiento del estatuto intrínsecamente contextual del sujeto y de su identidad. En el análisis del posicionamiento identitario como un *proceso provisorio de localización*, siempre lábil y entrecruzado por haces de relaciones y diferencias que anudan históricamente sus sentidos. Aludiría, finalmente, a las actividades de lectura (ideológica) que se lleven a cabo sobre esos materiales, tanto desde cuerpos teóricos específicos como desde las trayectorias personales, intelectuales y regionales en las que la autoubicación es condición imprescindible -pero no suficiente- para reponer una dimensión crítica en el estudio de las diferencias.

Silvia Elizalde

Retomamos en este punto, la ineludible observación de Silvia Delfino cuando sostiene: "(...) Enunciar la propia posicionalidad en relación con las comunidades de poder, ése es el lugar de la crítica con respecto a los 'oprimidos'. De lo contrario, la crítica queda atrapada en la estructura que trata de develar: reproduce categorías descriptivas que alcanzan estatuto de evaluación y autenticación no sólo del objeto que construye sino de sus propias operaciones y, a su vez, otorga lugares al intelectual en tanto 'productor de valores culturales'" (1999:76).

La segunda clave, en estrecha vinculación con la anterior, supone apostar a que la entrevista pueda ser también un espacio de deconstrucción de los significados dominantes sobre la juventud, la mujer y la femineidad "deseables" o "apropiadas", permitiendo la producción de narrativas que incluyan la *propia posición de quien relata*, como requisito para una eventual agencia cultural y políticamente transformadora de la primacía androcéntrica y heterosexual ya señalada. Al respecto, destacamos la observación que formula Roxane Rimstead (1997) cuando sostiene que no alcanza con reconstruir en la entrevista la genealogía de las definiciones negativas que se han producido históricamente en torno a la figura de la "mujer-pobre" para obtener relatos autobiográficos emancipadores de la diferencia de clase y género por parte de las entrevistadas. Para Rimstead es igualmente necesario examinar cómo esas definiciones estigmatizantes "son vividas por las mujeres concretas como una parte significativa de sus historias de vida" (1997:251).

Natalia, que tiene 17 años, conversó conmigo en el Hogar Andamio, una tarde calurosa de febrero. Al momento de releer e interpretar su relato, quise saber cómo eran nombradas y representadas en su "yo narrativo" la diferencia sexual y de género. Para ello, sin embargo, no rastree una *verdad* que pudiera responder más o menos adecuadamente a la identidad previsible de "mujer-joven-pobre-de-la-calle". Apenas procuré, en cambio, relevar cómo mi pregunta original sobre su manera de vivir la sexualidad ponía en tensión -en sus respuestas- el vínculo entre las definiciones normativas de femineidad y sus formas concretas de contestarlas, reclamando autonomía.

-Matías fue el primer novio con el que tuve relaciones, y fue bueno. Cuando llegué al Hogar él ya estaba, nos fuimos conociendo de a poco. El segundo día que yo estaba acá me regaló un bombón de chocolate. Yo era, así, re asquerosa, no me llevaba bien con nadie, no quería a nadie. Pero cuando ya sos más grande, vas cambiando. Además, después que estuviste tanto tiempo en la calle sos re cachivache (*sic*), pero después de pasar por institutos y eso, cambiás una re banda.

-¿Qué hacías antes que ahora decís que cambiaste?

-Estaba en la calle y empezaba a bardear a toda la gente, a verduguearla, tiraba botellas, rompía cosas, de todo. Todas giladas, pero después te ponés más grande y te das cuenta que para una mujer queda mal seguir siendo cachivache. Si vos la pensás, decís 'soy una mujer' y te das cuenta que no va más ser así.

Silvia Elizalde

-¿Y qué se supone que *debías* cambiar? ¿Qué significaba dejar de ser “cachivache” y actuar “como una mujer”?

-Y bueno, de repente te das cuenta que los pibes piensan que si vos sos así, re cachivache, piensan que te entregás con todos, pero yo la pienso de otra manera. Yo elijo el hombre que realmente quiero y lo conozco, pero si lo conozco así nomás, no hago nada con él. Yo salí como 8 meses con un pibe y nunca nada, entendés, porque de repente no lo elegí ni ahí [para tener relaciones sexuales]. Si, por ejemplo, yo salía con un pibe, recién al tiempo, ponele, salía con otro, porque si no te quemás vos sola y quedás como una cualquiera. Los pibes enseguida te dicen ‘sos mi mujer’ o le dicen a otros pibes ‘respetá a mi mujer’, o ‘no te metas con mi mujer’, y eso. Pero yo nada que ver. No entiendo por qué dicen eso porque yo, novia, puede ser, pero mujer de un chabón, no. Yo no soy casada, no tengo hijos, nada. Yo soy mujer, pero no soy la mujer de nadie.

La clase ¿ante todo?

Si la edad y el género suelen ocupar -por distintas razones- el lugar del *dato ilustrativo* en numerosos trabajos sobre la juventud -en tanto se naturalizan como diferencias “obvias” o “innegables” de cualquier grupo humano-, la *clase* se recorta, en cambio, como el principal eje sobre el cual se construye la categoría casi totalizadora de “jóvenes-de-sectores-populares”. De esta manera, que los sujetos foco de nuestras investigaciones pertenezcan a los estratos sociales más pobres suele funcionar como el *atributo distintivo* a partir del cual parecen organizarse tanto los conceptos analíticos como los protocolos metodológicos que “necesariamente” deben recoger esta indicación para guiar sus pasos.

Ante este círculo vicioso entre objetos de estudio, categorías y técnicas de análisis, volvemos a reponer la concepción materialista de *clase* como formación social y cultural que implica tanto intereses, experiencias y condiciones en común, como la confrontación de estos mismos elementos respecto de otros grupos (Hoggart 1957; Thompson 1961; Williams 1977). El concepto de “sectores populares” referiría, entonces, no sólo ni de manera mecánica, a una misma condición de precariedad de condiciones de vida y de localización en el circuito productivo -con matices más o menos contrastantes en sus formas de expresión-, sino fundamentalmente a los modos históricamente variables de articulación y confrontación que los grupos subalternos establecen con las regulaciones económicas, políticas y culturales propuestas por las instituciones que, en cada momento, constituyen las zonas de formulación del consenso para el funcionamiento de la hegemonía. Una conceptualización de este tipo nos advierte, entonces, sobre el estatuto móvil y no previsible de los conflictos. O, dicho de otro modo, sobre la no exclusividad o priorización de los conflictos sociales como del orden de la “clase”.

Silvia Elizalde

En este sentido, las reflexiones de Hall (1980) y Thompson (1961) a favor de analizar lo cultural especificando en todo momento las condiciones de existencia de los sujetos, permiten pensar al *antagonismo* como constitutivo de la experiencia histórica de clase. Y a esta última, como zona de articulación variable de los intereses, valores y prácticas que interpelan históricamente a sujetos de distintas inscripciones clasistas, y que hacen posible la percepción del conflicto, al confrontar los sentidos y experiencias compartidas con las de otros grupos.

Este juego múltiple de intereses y significados puede leerse en parte en el relato de Matías, de 16 años, alojado en un Hogar Transitorio después de haber pasado por un Instituto de Menores al que llegó acusado de “vagancia” y por pertenecer a un grupo de chicos de la calle que, cada tanto, robaban a punta de revólver. Cuenta:

-Ahora me gustaría trabajar, de albañil, carpintero, panadero, no sé, o ser el encargado de un kiosco... de cualquier cosa, bah.

-¿Y qué harías con la plata que ganarías?

-Lo que hacía antes [cuando robaba]. Me compraría ropa, me vestiría mejor... me iría a bailar, que sale \$7... Por ahora quiero conseguir cualquier trabajo.

Como joven que aspira a pertenecer a una comunidad de pares organizada a partir del consumo de bienes de la industria cultural, Matías sabe que el trabajo ahora -como el robo, antes- son caminos posibles de acceso a esos bienes (ropa, salidas), aunque resta por averiguar el grado de apreciación que ambas actividades tienen en su esquema valorativo. Lo cierto es que los objetos con los que sueña forman parte de un mercado simbólico cuya valoración social atraviesa transversalmente a las distintas juventudes como experiencia compartida, más allá de su ubicación sociológica en una u otra clase. En este sentido decimos con Hall que “los intereses materiales por sí mismos no tienen una necesaria pertenencia clasista” (1987:33, cit. en Bhabha 2002:49).

De hecho, Matías aprendió hace tiempo a leer a los/as otros/as en clave cultural. Sobre todo cuando vivir en la calle pasó a ser -para él y su grupo- tanto el símbolo de un *estatus* que despierta el interés y/o la solidaridad pública, como el *estigma* que atrae como marca de exotismo para el mercado. Entre ambos extremos hay toda una variedad de escalas intermedias, cuya respuesta sólo puede formularse en contexto. Matías describe agudamente algunos de estos contrastes:

“Todos los pibes que paraban conmigo en Retiro sabían que nadie puede venir, así, con las cámaras, los micrófonos, a filmarnos, porque eso está mal, porque después nos busca la Policía, porque así tienen más cosas de nosotros, para agarrarnos. A éstos los sacaban cagando los pibes, y eso que muchos venían y nos ofrecían plata para que saliéramos, así, en las cámaras. Como nos ven pobres les parece que pueden hacer cualquiera ¿viste? Después venían otros, así como vos, a preguntarnos cómo vivíamos, qué hacíamos, y con esos todo bien. Le preguntábamos primero para qué querían que les contemos y por ahí era para un trabajo para la escuela. También venían otras personas, así, que no tenían trabajo, y se

Silvia Elizalde

sentaban a hablar con nosotros, a que les contemos, y charlábamos juntos un rato. Con esos tampoco había drama”.

Como reflexión final me interesaría llamar la atención sobre la necesidad de atender a los *procesos de negociación* que tienen lugar entre las diferencias de clase, género y edad, y sus diversos cruces y contrastes con la desigualdad material. Reponer para el análisis esta dimensión de la lucha por las identificaciones supone volver a situar la pregunta por las identidades juveniles en el campo dinámico de la producción de hegemonía. Porque es allí donde el espacio de la negociación se constituye en el terreno productivo, “donde cada formación encuentra las fronteras desplazadas y diferenciadas de su representación de grupo y los sitios de enunciación en los cuales los límites y limitaciones del poder social se encuentran en una relación agonista” (Bhabha 2002:48). Por eso, preguntarnos por el lugar que ocupamos como investigadores/as en cada momento de nuestro trabajo con los/las jóvenes, desnaturalizar la matriz ideológica con la que operamos para pensar las diferencias propias y ajenas, e instalar la duda y la provisoriedad -alejando la certidumbre- en el diálogo con el/la otro/a y en su registro antropológico pueden ser vías posibles que, en vez de permitirnos *hablar por y de* la juventud, nos posibilite el encuentro concreto con su humanidad, en su doble acepción ética y política.

Referencias citadas

Barret, M. 1982 *Feminism and the definition of cultural politics*. En C. Brunt y C. Roman (eds.) *Feminism, Culture and Politics*, pp.37-58. London, Lawrence and Wishart.

Bhabha, H. 2002 *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.

Butler, J. 2001 [1990]: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México, Paidós.

Caparrós, M. 2003 *Amor y Anarquía. La vida urgente de Soledad Rosas (1974-1998)*. Buenos Aires, Planeta.

Delfino, S. 1999 *Género y regulaciones culturales: el valor crítico de las diferencias*. En F. Forastelli y X. Triquell (comps.) *Las marcas del género. Configuraciones de la diferencia en la cultura*, pp.67-84. Córdoba, CEA-Universidad Nacional de Córdoba.

Silvia Elizalde

Franco, J. *Si me permiten hablar. La lucha por el poder interpretativo*. En J. Beverley y H. Archugar (eds.) *La voz del Otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, pp. 109-116. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 36, Año XVIII. Lima, Latinoamericana Editores.

Hall, S 1980 *Encoding and decoding*. En S. Hall, D. Hobson, A. Lowe y P. Willis (eds.) *Culture, Media and Language*, pp.128-138. London, Hutchinson.

2000 [1992]: *Los estudios culturales y sus legados teóricos*. *Revista Voces y Culturas* 16, pp.9-27. Barcelona.

Hoggart, R. 1957 *Uses of Literacy. Changing Patterns in English Mass Culture*. Fair Lawn, New Jersey, Essential Books.

Radway, J. 1984 *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Rance, S. y S. Salinas Mudler 2000 *Investigando con ética: aportes para la reflexión-acción*. La Paz, CIEPP-Population Council.

Rimstead, R. *Subverting Poor Me: Negative Constructions of Identity in Poor and Working-Class Women's Autobiographies*. En S.H. Riggins (ed.) *The Language and Politics of Exclusion. Others in Discourse*, pp. 249-280. London, SAGE Publications.

Rowbotham, S 1999 *Threads through Time: Writings on History and Autobiography*. London, Penguin.

Scott, J. 1996 [1987] *El género: una categoría útil para el análisis histórico*. En M. Lamas (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, pp.265-302. México, PUEG-UNAM-Angel Porrúa.

1999 *Experiencia*. *Revista Hyparquia* 1, vol. X, pp.59-83. Buenos Aires, Asociación Argentina de Mujeres de Filosofía.

Spivak, G 1988 *Can the Subaltern Speak?*. En C. Nelson y L. Grossberg (eds.) *Marxism and the Interpretation of Culture*, pp. 271-313. Urbana-Champaign, University of Illinois.

Thompson, E.P. 1989 [1961] *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires, Crítica.

Silvia Elizalde

Williams, R. 1977 *Marxism and Literature*. Oxford, Oxford University Press.

1997 *El futuro de los estudios culturales*. En La Política del Modernismo. Contra los nuevos conformismos, pp.187-1999. Buenos Aires, Manantial.

¹ Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN), Magíster en Ciencias Sociales por FLACSO-Argentina, y Doctoranda en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora y docente universitaria en UNICEN y UBA.

Notas

² Institución dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Su función es la de albergar y contener a jóvenes de hasta 18 años, derivados de distintas reparticiones -como la Policía, el Juzgado de Menores- y del Centro de Atención Transitoria (CAT), que recibe chicos/as de la calle, detenidos/as por contravenciones y, menos, jóvenes que llegan por propia voluntad. El Hogar Andamio funciona en una antigua casa del barrio porteño de Flores. Tiene un espacio verde a su alrededor, el edificio está muy deteriorado y con zonas directamente clausuradas por peligro de derrumbe. Alberga un promedio de 12 chicos/as.

³ Se llama "conviviente" a la persona, en general estudiantes o graduados/as recientes de carreras sociales, que trabaja como acompañante y cuidador/a de los/as jóvenes internados/as. Los/as postulantes a ese cargo deben cumplir días de pruebas y entrenamiento en las instituciones destino, por lo que es frecuente la presencia rotativa por estos Hogares de distintos/as candidatos/as.

⁴ El programa teórico-político de la diversidad de trabajos reunidos en torno al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham, en Inglaterra, a partir de su creación institucional en 1964, está lejos de poder encuadrarse en una afirmación simplificadora. El propósito que guía su mención en este trabajo es el de reinstalar la reflexión sobre el necesario vínculo entre tarea intelectual y tarea académica en el campo de estudios de juventud. Vínculo frecuentemente relativizado o directamente obviado en muchos trabajos cualitativos sobre el sector. Sabemos que para los teóricos ingleses de los *Cultural Studies* como Stuart Hall (2000 [1992]) o Raymond Williams (1997) el postulado de la explicitación no se limita a las fronteras de la enunciación discursiva (pues no se trata -sólo- de "poner en lenguaje" o "hacer evidente" el autopoicionamiento), sino que alude a un proyecto integral y abierto de intervención cívica y praxis política donde las condiciones concretas no son un epifenómeno o el simple "entorno" dentro del cual ocurren las interacciones sociales, sino los materiales mismos de los que se nutre el análisis en tanto operación crítica y, a la vez, transformadora de la porción de realidad de la que se ocupa en cada momento. La exigencia de compromiso de los estudios culturales consiste, entonces, en articular la tensión que supone producir conocimiento teórico riguroso y transmitir ese conocimiento a los que no pertenecen al campo académico, implicándolos activamente en su uso crítico como herramienta de reflexión y cambio de las propias condiciones de existencia. En este sentido, la teoría no es, una "voluntad de verdad" sino "un conjunto de conocimientos discutidos, localizados y coyunturales que deben ser debatidos de manera dialógica". Pero también y fundamentalmente "una práctica que siempre piensa en su intervención en un mundo en el que pueda establecer alguna diferencia, en el que produzca algún efecto" (Hall, 2000:27 [1992]).

Silvia Elizalde

⁵ En verdad, la crítica expuesta por Butler se extiende a una amplia zona del desarrollo teórico feminista y da lugar a un intenso debate, actualmente en plena construcción.